

Q  
297  
344  
28  
923  
n

JUAN B. DELGADO



861.6 D35c

UNIV. OF ARIZONA

mn

Delgado, Juan B./Las canciones del Sur;



3 9001 03794 7135



# AS CANCIONES DEL SUR



HERRERO HERMANOS SUCS.—EDITORES. MEXICO



**LAS CANCIONES DEL SUR**





JUAN B. DELGADO

# LAS CANCIONES DEL SUR

—\*—

Precedidas de algunos juicios  
críticos

—\*—



MEXICO  
HERRERO HERMANOS SUCS.

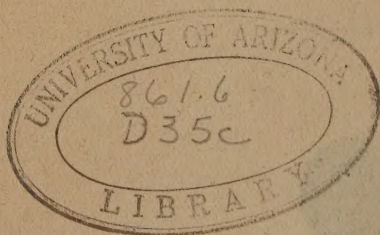
ALMACENES:

Plaza de la Concepción, 5 y 7  
1923

DESPACHO:

Av. 5 de Mayo, 39

Queda asegurada la propiedad artística y literaria de esta obra, conforme a la ley.





# JUAN B. DELGADO

## Y SUS LIBROS

### Fragmentos de Juicios

Los más conspicuos cantores de la Naturaleza son: el Sr. Obispo de Veracruz, Dr. Joaquín Arcadio Pagaza; Manuel José Othón y Juan B. Delgado. La afinación artística de los sentidos de éste le permite no sólo comprender y admirar la belleza, sino también transmitirla al exterior, envuelta en las galas de su visión interna y comunicarla a los demás como rica dádiva sacada del regio tesoro de sus emociones. Esa preciosa fecultad de ver y de pintar, resalta a cada paso en sus poesías.

JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS.

El Sr. Delgado no es uno de esos micrografistas que se preocupan por describir los ardores de la siesta mientras su alma permanece más helada que un carámbano; ama a la Naturaleza, la estudia, la comprende y sabe sorprenderla en los momentos en que se entrega al observador que la busca con verdadero y hondo cariño.

V. SALADO ALVAREZ.

La "NATURA" de don Juan B. Delgado es una mañana tropical. Hay ahí horizontes incendiados por las magnificencias de nuestro Sol; los gigantes trémolos de nuestras selvas, sacudidas por el viento, han dejado su sonoridad solemne en esos versos.

JOSÉ JUAN TABLADA.

En el género bucólico, del cual el más genuino representante es Manuel José Othón, se han distinguido mucho dos Obispos mexicanos, Arcades y Académicos correspondientes de la Española: don Ignacio Montes de Oca y D. Joaquín Arcadio Pagaza. Un poeta, también Arcade y Académico, ha seguido con éxito notable las huellas de Othón: Juan B. Delgado.

LUIS G. URBINA.

Juan B. Delgado, a pesar de ser un gramático implacable y un tenaz dogmatista, rebosa inspiración y pasma el ver cómo corre alígera una pluma tan geométrica, cortada por la cruel tijera de la Regla.

Es el victorioso representante de la forma clásica española. Ostentan sus octosílabos la sonoridad disciplinada y fúlgida de Calderón de la Barca; y sus endecasílabos presumen, nítidos, encastrados y altivos, la hidalga pompa de una gorguera hispana de los buenos tiempos de Lope de Vega.

HERIBERTO FRÍAS.

...Y si he mencionado la sinceridad de su obra, es porque yo la considero condición absoluta de un verdadero artista que sabe poner en lo que crea la nota de su espíritu y el sello inconfundible de su visión interior. Sin ello, la obra de arte se reduce a un simple juego de pirotecnia mental muy otro de la luz más o menos deslumbrante, pero eterna, que es la obra divina del poeta.

El Sr. Delgado no solamente es un poeta sincero y noble, sino que ha dado constantes pruebas de una gran probidad literaria. El trabaja pacientemente, pule a conciencia sus obras, labora por una lengua pura, sonora y limpia; es casi un tradicional en materia de forma; pero lucha por lo perfecto y lo impecable y logra dejar sus versos acuciosamente trabajados, como por mano de orfebre.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.

Juan B. Delgado, parnasiano entusiasta, ha seguido estos ritos y en las páginas brevísimas de su "Poema de los Arboles" muestra, junto a la gallardía de su ardiente inspiración, la fabulosa riqueza del estilo, que nada pidió a las lenguas extranjeras, sino que supo desentrañar de los manantiales frescos y armoniosos del idioma castellano.

ARTURO R. DE CABRICARTE.

Si el "Poema de los Arboles", del mexicano don Juan B. Delgado, es de una serenidad parnasiana; si las "Rápidas" del cubano don Rafael Pérez Cabello, ostentan una sencillez amable, etc., etc., es porque todos estos poetas tienen la sinceridad, la emoción y la frescura de un sano espíritu.

MANUEL UGARTE.

Tengo sobre mi mesa una bella colección de sonetos: "Nicaragua", por Juan B. Delgado. Pláceme ver que mi tierra natal haya inspirado tan lindos versos a un poeta mexicano. Aunque algunas veces no canta el ruiseñor dentro de las catorce rejas de la jaula, confieso que ésta es de oro y que ha sido labrada con arte.

RUBÉN DARÍO.

Conocía ya algunas páginas de "París y otros Poemas". Las hay muy bellas. Aquella escena en el Jardín del Luxemburgo está muy bien vista y muy bien tratada.

Conceptúo la "Pequeña Opera Lírica" de Rufino Blanco Fom-



bona como lo mejor que ha escrito el venezolano. "París y otros Poemas" del mexicano Juan B. Delgado me hacen impresión semejante.

J. S. CHOCANO.

El señor Delgado es un poeta naturalista, realista, que no tiene entre nosotros competidor por la originalidad de sus concepciones, su poderosa intuición del mundo que pinta con los colores de su imaginación creadora, y por la correlación íntima que sabe establecer entre la idea y su forma de expresión, siempre la más ordenada, la más sencilla, la más castiza; ya emplee métodos clásicos, bien recorra los campos del ensueño, penetra en las veredas del modernismo.

Lo mismo hace versos nuevos con pensamientos antiguos, que versos antiguos con pensamientos nuevos.

RICARDO CONTRERAS.

Los versos de don Juan B. Delgado y su estilo y "manera" son bien conocidos. Tiene cultura literaria, y es de los pocos (¡y qué pocos quedan ya!) que leen a Virgilio y a los buenos autores castellanos. Sólo a Don Juan B. Delgado, al Señor Obispo Pagaza y algún otro escogido, se les ocurre tañer la zampoña y el caramillo en estos días de infernal algarabía. Bien hayan tan serenos varones, que tienen templanza en tiempos de ruina y desolación.

"EL PAÍS" de México.

De la Comisión del Poder Legislativo de México que se encuentra ahora en Cádiz y viene para las fiestas del Centenario, forma parte el ilustre literato y dilecto escritor don Juan B. Delgado, cuyo nombre distinguido en la brillante pléyade de poetas hispano-americanos, y popular en aquellos países, goza también de justa notoriedad entre las personas cultas de nuestra península, iniciadas por Valera y otros en el activo movimiento de la literatura contemporánea en el nuevo mundo.

Os recomendamos su parnasiano "Poema de los Arboles". ¡Maravilloso!

De "TIERRA GADITANA" de Cádiz.

...Encuéntrese quien pregunte si se habla castellano en el Brasil, y, lo que menos me explico aún, si se habla portugués en México.

Algo a todo eso, en breve y exquisita lección, que sin duda no fué deliberada del poeta, responde este libro de versos ("Bajo el Haya de Tíftiro") de autor mexicano, y el hecho mismo de su publicación en Roma. Sin quererlo, en la Ciudad sobre la que se irguieron españoles bajo la púrpura y donde se habló español bajo la tiara, ellos vienen a decir que en el viejo solar de Sor Juana Inés

de la Cruz, en México, no sólo se habla castellano, sino que también se le trabaja y apura en clásico molde irreprochable.

En el autor, el deber formal del diplomático y del caballero que, honrando a su país, honra al país que lo acoge, coincide armoniosamente con el deber esencial del poeta hacia la más generosa entraña de poesía, hacia la nación vergel, en cuyo seno el mármol es ya en lo hondo de la cantera, sueño, germen y promesa de obra de arte, y cuando se muestra en la superficie, al aire y a la luz, en su dureza de eternidad se anima, y vive y perfuma como una flor. Su libro empieza con una filial salutación a Roma, y está dedicado a Carducci: no puede haber más cumplido homenaje a Italia.

Naturalmente, la mejor parte del homenaje va de modo espontáneo a Roma, donde este libro se publica, porque Roma inspiró muchos de sus versos y en ella ve el poeta el centro espiritual de su poesía. En efecto, cuando el século idilio de Teócrito y la bucólica de Grecia, melodiosamente se fundieron en la égloga virgiliana, la Arcadia dejó de ser griega por obra y gracia de Virgilio, y desde ese mismo punto, la capital de Arcadia es Roma. No otra es la razón porque Roma atrae a este poeta, ÚNICO ENTRE LOS DE SU GENERACIÓN Y EN SU PAÍS, que grato al bicorne dios de la Arcadia, prefirió AL INSTRUMENTO OLÍMPICO LA SIRINGA AGRESTE. Arcade en tierra de Arcades, propicios el dios y el sumo rey de la Arcadia, Pan y Virgilio, al son de su instrumento, hecho de cañutillos cortados y labrados en tierra de Cuauhtémoc,

Junta el ritmo castellano  
a la bucólica griega.

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ.

En edición coquetamente impresa, ilustrada por el lápiz genial de Julio Ruelas, acaba de publicar el delicado artista Juan B. Delgado un poema simbólico: "Poema de los Arboles". Sirven de alma a la producción, la similitud que el bardo queretano establece entre los espíritus de esos excelsos liróforos que se llaman Díaz Mirón, Sierra, Othón y Gutiérrez Nájera y la visión animada que presentan un Roble, todo fuerza y altivez; un Alamo, todo sombra y abrigo; un Madroño, que evoca una canción virgiliana y el Saúz, todo mansedumbre y melancolía.

FRANCISCO MEDINA.

#### EPISTOLA DE GUILLERMO VALENCIA

Popayán, 1º de Enero de 1922.

Exmo. Sr. D. Juan B. Delgado.

Bogotá.

Dilecto poeta y amigo: No tengo palabras para agradecerle debidamente el honor que me ha dispensado escribiendo mi nombre al frente de su hermoso poema "Los Gatos".

No sé por qué cuantas poesías he leído referentes al orgulloso apático, le han tratado sólo por modo muy sumario, sin detenerse morosamente como usted lo ha hecho, a estudiarlo con la prolijidad de un pintor japonés y con la perspicacia de un psicólogo a lo Jules Rénard. Leyendo sus versos he entendido la frase de Hugo: "Dios hizo el gato para que pudiésemos acariciar al tigre". El es, pues, un símbolo y un extraño presente de los dioses.

En no menor grado que el verme unido a su canción soberbia, me halaga el ofrecimiento de su trabajo en honor de la patria de Darío (no sé si se refiere usted a la geórgica o a la electiva). Aguar do ansiosamente esas páginas suyas.

Deploro sinceramente que el hado funesto para mí y un clima impropicio para usted, me hayan privado de conocerle personalmente, ya que de antiguo su nombre me era familiar en más de un campo. Este mundo es más pequeño de lo que nosotros pensamos, y acaricio la esperanza de verlo pronto en alguna parte; de tratarlo a espacio, de exasperar en su compañía la pasión invencible por nuestras amadas letras, sin poderle decir ARCADES AMBO, de reclinarnos brevemente "Bajo el haya de Títiro" y comentar con sabrosura autores antiguos y modernos.

Mi superficial exposición sobre el Tratado Colombo-Americano, fué escrita al volar de la pluma, sin otra mira que la de corresponder la insinuación de un periodista amigo que me pidió conceptos que debían publicarse un día más tarde. Aquel mío no vale nada; mas lo que sí vale mucho para mí es la opinión estimulante de usted.

El tremendo golpe que tan rudamente ha abatido mi espíritu no me ha permitido dar cima a algunos trabajillos que, más o menos tarde, buscarán a usted donde se halle. El poeta político puede escribir sobre su escudo la empresa de su colega de usted y conte rráneo Ipandro Acaico, y usted sabe muy bien cómo es de incorregible este vicio de escribir renglones cortos, contra el cual es impotente todo, hasta la Diosa ciega, según aquel rancio decir: FORTUNAT NON MUTAT GENUS. De usted amigo y admirador apasionado,

GUILLERMO VALENCIA.

*(Carta abierta publicada en la prensa de Barranquilla.)*

El señor Delgado piensa y siente muy hondo; expresa pensamientos y sentimientos con absoluta sinceridad y trasmite a la persona que lee, los afectos de que él está colmado; todo lo cual equivale a decir que es un verdadero poeta. Delgado no es servidor de ninguna escuela literaria, sino que tiene todas las escuelas literarias a su servicio. Y no es poco decir.

MONSEÑOR RAFAEL CARRASQUILLA,  
Presidente de la Academia Colombiana  
de la Lengua.



El conocido poeta don Juan B. Delgado, actual representante diplomático de México en la hermosa república de Colombia, acaba de enriquecer su reducida, pero exquisita obra, con un nuevo volumen de versos. Como el mismo poeta y diplomático lo dice en su breve proemio, los versos que integran su nuevo libro, fueron escritos el año 1908, cuando ALICANDRO EPIRÓTICO (nombre que ha dado la Arcadia a Delgado) residió en Nicaragua como Cónsul General. En dichas palabras liminares, el poeta nos refiere cómo conoció a nuestro gran Rubén Darío, durante su primera estada en Managua, en plena apoteosis de su gloria, y cómo volvió a verlo en París el año 1912, "ya no lozano y fuerte, sino abatido y enfermo". Juan B. Delgado ha querido rendir un tributo al genio de Darío, dedicándole este bello libro de versos, y su aparición no puede ser más oportuna, ya que en estos días el mundo literario de América y España conmemora la desaparición del magno artífice.

"Adrede he querido hablar—dice el poeta—de cómo conocí al magno Rubén. Así se verá que, habiéndolo admirado tanto, le tributo modesto homenaje en este libro, que marca para mí dos períodos de mi vida en Nicaragua".

El volumen se halla dividido en dos libros, el primero de los cuales está compuesto por hermosos cantos a las ciudades y a la Naturaleza de Nicaragua: Corinto, León, Granada, etc. En esta primera parte, Juan B. Delgado ha insertado sus bellos versos tan conocidos: "El Poema del Lago". En el libro segundo aparecen poesías de diversos asuntos entre las cuales sobresalen la dedicada a Margarita Debayle y el bello soneto dedicado a Chocano. No creemos indispensable entrar en detalles literarios acerca del nuevo libro de Juan B. Delgado, pues se trata de un poeta muy conocido y ampliamente juzgado por la crítica, que sin duda alguna acogerá este nuevo volumen con sinceros y cordiales aplausos.

De "EXCELSIOR" de México.

...Aunque el libro había sido escrito en 1908, cuando el autor era Cónsul de México en Nicaragua, la nueva edición trae nuevos versos: Momotombo, Corinto, León, Metapa, etc.; todo lo que en aquella tierra de prodigio y de fuego es motivo perenne para hacer canciones, se ve desfilar por los sonetos de la ofrenda. Quizá el "Tríptico del Trópico" sea lo mejor. Leemos también el homenaje que Chocano mereció de Delgado. Hay calor y entusiasmo cordiales. Hay mucho amor para Rubén, el liróforo de triste mirada penetrante. La edición es pulcra; los temas, sugerentes; y de vez en cuando estalla, amablemente matizada, la flor de la ironía.

"EL UNIVERSAL ILUSTRADO" de México.

Hará seis meses, cuando pasaba por aquí para la metrópoli colombiana, tuve el honor de estar en su compañía horas muy gratas de noble recordación. Luis Carlos López y Carlos Escallón me lo presentaron una noche en los decorados salones de nuestro mejor

centro social. Al momento descubrí en él un diplomático de escuela: así lo pregonaban el trato suave, el tono de media voz, el vestir pulquérrimo, y una familiaridad y llaneza, ingénitos en nuestra raza, pero unidos a una bella discreción y a un sentido claro de todas las cosas.

Esa noche aprecié en su valor neto al diplomático mexicano, que me pareció un hombre muy inteligente, de sólida instrucción y urbanas maneras. También supe que era un poeta de verdad, cuando a instancias de un amigo, el Sr. Delgado nos mantuvo pendientes de sus labios con la recitación de una hermosa poesía suya escrita en Roma. El corte nos encantó a todos por lo original y moderno; pero más aún el fondo de melancolía, la nota evanescente que mana de ella.

#### FERNANDO DE LA VEGA.

...En Centro América se mencionan con más renombre, como representativos de la poesía mexicana, a Amado Nervo, a Salvador Díaz Mirón, a José J. Tablada, a Luis G. Urbina y a Juan B. Delgado.

Delgado es un artífice con elegancias antiguas. Siguiendo nuevos rumbos, no ha descuidado aprovechar para sus orfebrerías los oros olvidados en los antiguos arcones, por lo que resulta un clásico de buen tono, elegante y sencillo.

Ama la pureza del agua en la clepsidra de los jardines helenos o en las fuentes marmóreas de nuestro siglo de oro. No figura en las antologías últimas de México, porque su lugar está al lado de los acuciosos españoles, como don Francisco de Rioja, o don Esteban Manuel de Villegas. Le sonrían Lupercio de Argensola y el Marqués de Santillana en el cortejo ilustre del Parnaso.

Sin exotismo ni exageraciones, cultiva con discreción los versos con la paciencia de un horticultor y con la honestidad académica de un profesor de buen decir.

Es más de Centro América que de México, por la estimación justiciera con que aquí se le tiene en el concepto literario: y no se preocupa de la indiferencia de los unos, ni del aplauso de los más, con tal que su gusto esté contento, virtud distintiva del puro artista.

JOSÉ OLIVARES.

#### A JUAN B. DELGADO

Tú que por aversión a los ardides  
huyes la corte y vives ignorado,  
sabio cultor, no dejes tu sembrado,  
tu heredad rusticana nunca olvides.

Sé tenaz; las faenas no descuides  
ya que gozas destino bienhadado,  
ya que cuida Virgilio de tu arado  
y Anacreón de tus jugosas vides.

El cantado laurel del Padre Apolo  
cuya es la savia que al ardor pimplo  
dispone, al pertinaz se brinda sólo.

Lucha tú por lograrlo; tú que abrevas  
el labio en deleitoso paladeo  
con vino añejo de tus hidrias nuevas.

ALFONSO REYES.

Diré sin tardar que los versos de Juan B. Delgado son de una plasticidad sorprendente. La frase no es, empero, el brochazo realista y sin matizar a que nos impele el clasicismo; tampoco tiene la subjetividad que los "estados de alma" que puso en moda el romanticismo, prestan a la lírica. Su frase, su rima, son más bien algo complicado, precioso, en extremo congruente; algo artificioso y sabio que de tan sabio retorna ya a la sencillez. ¿Qué decadente y qué clásico, al propio tiempo, no firmaría una estrofa como ésta?

El grave buey camina tirando del carruaje  
que Monseñor ocupa. Dócil es a la brida  
el animal olímpico. La tarde está florida  
de luces. Una vela blanca es cada celaje.

El paisaje nicaragüense no ha tenido mejor cantor. Poco nos dice Rubén Darío de los lagos de su país; Juan B. Delgado, en cambio, es el intérprete de su alma múltiple con su magistral "Poesma del Lago", prisma sin par a través del cual cada frase lacustre es una gema: El Lago ríe al alborear; llora cuando la lluvia arrecia; canta durante la siesta, cuando sus aguas son UN INMENSO CRISOL DE HIRVIENTE COBRE; gime al atardecer, cuando la neblina ENCRESPONA LOS CIELOS y duerme de noche, cuando y sobre sus aguas muertas se levanta la luna BICORNE Y ÁUREA COMO LA LIRA DE UN POETA. Delgado es también sensible a la majestad de los volcanes nicaragüenses:

mas ya no te sacuden sensuales convulsiones  
y vives de recuerdos caduco y aterido

dícele al Momotombo. LANZA EL VOLCÁN UN GRITO DE ESPANTO, clama ante el Masaya; y cuando en feliz imagen, apellida al Momabacho "Boabdil de piedra", cuya pasión por Granada, la Sultana del Lago, es igual a la que Boabdil el chico sintiera por la Granada auténtica, la de la Alcáza y de la Alhambra, dice al volcán:



y el alquicel que ostentas es tu arboleda bruna  
y el alfanje que escondes tu lava calcinante.

Por los raros fragmentos aquí copiados, se ve en seguida que Juan B. Delgado sabe arriesgarse elegantemente más allá del mundo de las imágenes. Si el simplismo en poesía consiste en traducir llanamente a substancia poética la sensación que llega del exterior, o la emoción que se lleva dentro, debe convenirse en que, cuando el poeta habla por imágenes y su pensamiento y su evocación se diluye en ellas, todo simplismo desaparece. Delgado canta poco por imágenes, pues va más allá: el poeta atribuye a las cosas inertes las cualidades y los movimientos del alma y de este modo vuelve a la sensación directa. Por eso decía poco ha, que su rima, por su misma artificiosidad, es algo complicado y sabio que de tan sabio retorna a la sencillez.

ALFONSO MASERAS.

Juan B. Delgado es un auténtico brote de la gloriosa dinastía lírica surgida en nuestra raza al soplo de genio de nuestro Rubén Darío.

Pretende el Ateneo que se reconozca en este pulcro poeta azteca, algo así como un hermano espiritual, pues no en vano ha sabido venir hacia nosotros entonando en elegante ponderación de sus versos, cantos para nuestra tierra, con un amor que en verdad de verdades, hace falta en los mismos nicaragüenses.

RAMÓN SÁENZ MORALES.

...Claro está que al lado de los que admiramos esa labor revivificadora del léxico en la poesía de Delgado, hallaremos los eternos descontentos que a voz en grito exclaman: ¡arcaísmos!... Pero tal acusación es gratuita, de todo punto infundada e ilógica. Para mí sólo son arcaicas aquellas palabras que expresan conceptos arcaicos. ¿Cómo pueden calificarse así las palabras que expresan conceptos enteramente modernos? Si Delgado tratara de sorprendernos con literatura medioeval, si pretendiera hacer gala de sus conocimientos regándonos con remedos del antiguo romance, o con escritos al estilo de los que nos sirve, con no escaso mérito Diego de San José, quizás cabría aplicar la palabra ARCAÍSMO; pero Juan B. Delgado, al reunir palabras del todo o casi olvidadas, lo hace cultivándolas en tal forma, que pronto fresca savia las reverdece y una vez rejuvenecidas, las engarza en airoas montaduras siglo XX y no en vetustos sarcófagos milenarios.

De "CROMOS" de Bogotá.

Delgado ha sido encumbrado como alto poeta bucólico de México, y no seremos nosotros quienes tratemos de arrebatárle tan alta

gloria; pero sí creemos de justicia reconocer los méritos de Delgado en otro género de poesía en el que brilla con esplendor propio. ¡Es todo poesía bucólica lo que pare la Musa de Delgado? Júzguese por la siguiente muestra que encabeza su libro "París y otros Poemas":

Yo escribí el verso a mi antojo:  
lo descoyunto, lo aflojo,  
lo desmiembro, lo hago cojo;  
y de tal no me sonrojo;  
que, magüer te cause enojo,  
prefiero al lirio el abrojo.

A veces Delgado nos presenta reminiscencias de Rubén. ¿Quién podría calificar de bucólico a Darío? Es posible que en su juventud Delgado haya sido poeta bucólico, pero si así es, "París" nos muestra a las claras que su temperamento poético ha evolucionado. El poema "Rosas", si no fuera por la firma, podría tomarse por el más delicado fragmento de Darío.

JOSÉ LLADÓ DE COSSO.

#### A ALICANDRO EPIROTICO

No con menos afán, ni con más brío,  
Benvenuto paciente y delicado  
deja el mármol pentélico labrado,  
que tú el mármol del verso, duro y frío.

Esteta orfebre del hablar natío,  
gozas en dar al léxico heredado  
la color y pureza que en pasado  
tiempo lució su magno poderío.

Admiro tu labor y me recrea:  
si yo la aplaudo es porque en ella adoro  
engarzado el diamante de la idea.

Y pues lograste de Arcades la estima,  
sigue, estatuario de la lengua de oro,  
labrando a golpe de cincel la rima.

M. B. ARGUELLO.

La labor del poeta Juan B. Delgado puede ser más digna del elogio. Su esfuerzo será recordado en los años venideros, cuando México revise ese momento de su evolución histórica, el más estu-pendo y decisivo en la orientación de las máximas aspiraciones nacionales. Juan B. Delgado no necesita presentación entre los intelectuales centroamericanos, pues las revistas y periódicos de esta sección del istmo, han contenido en más de una ocasión selectos versos suyos y artículos en que su mentalidad se ha valorado y adqui-

ruido sonoro timbre de gloria. Nosotros hemos leído con honda delectación, ese homenaje a los héroes de la Revolución mexicana, entre los cuales se destaca la figura egregia de Francisco Madero, vívida encarnación de la Justicia y el Derecho.

"EL OBRERO MUNDIAL" de México.

Yo no sospechaba en Juan B. Delgado los infinitos recursos técnicos, la modernidad tan exquisita y el poder tan atrevido de dominar y quebrantar la rima al grado peligroso y sutil al cual llega en "París y otros Poemas";

lo sabía Poeta Eminente, un poco escolástico, grave y pausado en su inspiración parnasiana, que recordaba a veces la gravedad magistral de Leconte de Lisle;

ignoraba—e ignoro aún—los pecados de mal gusto literario que haya cometido y las pruebas de pobreza mental que haya dado, para llegar a ser Académico en su país, y no descubro por ninguna parte en su obra poética, los elementos de petrificación y decadencia intelectuales que pudieran hacer de él un Socio Correspondiente de la Academia Española;

a confirmarme en esta mi idea de no ver en Juan B. Delgado uno de esos detritus académicos, que imperan y pululan entre nosotros, infestando con sus gérmenes de senilidad nuestra joven literatura, viene este precioso y encantador libro suyo, que ahora acaba de leer, con espiritual regocijo y delicioso solaz;

qué variedad de ritmos;  
qué cromatismo de imágenes;  
cuánta riqueza de dicción;  
y de variados motivos pictóricos;  
y de emocionalidad verbal;

qué bella y suave música doliente, se escapa de aquel nidal de rimas que son como pájaros extraños cantando en la Soledad...

Versallescas y banvillescas a la vez, esas rimas guardan el ritmo y la elegancia suprema aun en las curvaturas más atrevidas como el cuerpo de bailarinas desnudas, fieles a la pureza de las líneas aun en los más violentos gestos de su exasperante voluptuosidad;

Salomés proteiformes guardadoras de la euritmia ante los ojos taciturnos de los Tetrarcas invisibles, de cuyas manos gemadas burlan las ricas mercedes;

rimas sabiamente complicadas y combinadas,—es verdad—sútiles, ligeras, alacordes, llenas de un sensual y misterioso encanto;

pequeño libro de un sutil poeta, él hará con su belleza rara y el espejeante atractivo de sus esmaltes y arabescos, el encanto de los poetas jóvenes que buscan fuera de los viejos cauces, fuentes de inspiración para sus Musas;

en "París y otros Poemas" las hallarán polifónicas y mirobolantes, llenas de un exotismo sabio, no carente de excentricidad,—que es siempre el secreto de las grandes elegancias.

VARGAS VILA.





# LIRA RUSTICA





A guisa de lira de oro  
taño un dulce guitarrico,  
con el cual siempre acompaño  
cantos del Sur a los indios.

Su caja comba es la fuerte  
coraza de un armadillo,  
y son cinco sus clavijas  
y sus cuerdas también cinco.

Su cuello es delgado y corto,  
negra su boca de abismo;  
¡boca que canta o suspira  
con un dolor infinito!

Cuando las copiosas lluvias  
anuncian años proficuos,  
y más tarde los graneros  
se ven de mieses henchidos;

En medio a la gente agrícola  
que festeja a San Isidro,  
se eleva el rústico canto  
del humilde guitarrico.

En las bodas pastoriles  
de Galatea y Mirtilo,  
lanza sus epitalamios  
y ríe de regocijo;

Y en los entierros solemnes  
de los viejos y los niños,  
tras el trueno del petardo  
él desgrana su plañido.

Y llega la Noche Buena  
con sus brumas y sus fríos,  
y entonces lanza a los aires  
sus alegres villancicos.

¡Oh, vihuelita serrana  
que llevo siempre conmigo;  
histérica cuyos nervios  
pongo en tensión al herirlos!

Pues eres la musa joven  
que inspira los versos míos,  
arrúllenme tus rasgueos,  
aduérmanme tus sonidos;

Y que a tu rítmico acorde,  
como a un conjuro divino,  
surjan, abiertas las alas,  
las canciones de este libro!

# BAJO LA GRACIA MATUTINA





**DESDE MI VENTANA**



Abro las puertas de mi ventana  
de cuyo marco cuelgan rosales...  
Ved: ya la brisa de la mañana  
suelta en mi alcoba su ala liviana  
y riega efluvios primaverales.

Ved a lo lejos: sobre el tejado  
de la cabaña, la enredadera  
sus floraciones ha entrelazado,  
y se columpia bajo el granado  
con los verdines la pajarera.

En el alero trinan las aves,  
y las colmenas alzan rumores;  
y se oyen cerca cantos suaves,  
y se oyen lejos mugidos graves,  
y urnas de llanto fingen las flores.

Sobre su trono se irgue la rosa  
cual una reina gentil del prado;  
y su nectario, que miel rebosa,  
se lo disputan la mariposa  
y el chupa-rosa tornasolado.

En el arroyo que serpentea,  
voces de ninfa cantan en coro;  
y el Sol, a trechos, relampaguea  
sobre la milpa que al aire ondea  
con relucientes lanzas de oro.

¡Cuántos gorriones de buches rojos!  
Uno tras otro vuela y se pierde  
buscando granos en los rastrojos...  
En lontananza clavad los ojos:  
azul arriba y abajo verde.

¡Divino cuadro tengo a la vista!  
Dadme pinceles, lienzo, paleta...  
¡Ah! Vano intento: ¡cuál me contrista  
no tener alma,—no ser artista;  
no tener numen,—no ser poeta!



**AVE FEBE**



Surge sangriento el Sol tras el vecino  
peñascal donde humean los jacales,  
y derraman los aires matinales  
el acre olor del *oyametl* y el pino.

Madrugador se apresta el campesino  
a ordeñar la vacada en los corrales,  
y los tordos desgranán los maizales,  
y alza el zenzontle su jocundo trino.

Se escucha en la cercana ranchería,  
el alerta del gallo vigilante  
y el ruidoso ladrar de la jauría;

y, de la sierra en el confín distante,  
los loros con salvaje greguería  
ya comienzan su charla discordante.





# **LAS CANTARIDAS**



Del *chayotl* sobre las guías  
verdes, brillantes y largas;  
en los amarillos cálices  
de flores de calabaza;  
o del *guaje* entre las hojas  
elegantes y afelpadas;  
se ven, como puntos negros  
fulgiendo al sol, las cantáridas.

Acércate a verlas: tienen  
cabeza negruzca y cárdena,  
sobresalientes mandíbulas,  
robustas patitas largas,  
acerado coselete,  
breves antenas delgadas,  
élitros verde-metálico  
y voluminosa panza.

¿Las conociste? ¿Son bellas?  
¿No te desplacen? ¿Te agradan?  
¿Sí? Pues déjame decirte  
por qué cantarles me halaga,  
por qué vengo a recogerlas  
en esta redoma diáfana  
que bien pudiera llamar  
una *redoma encantada*.

Para las criollas esquivas,  
para aquellas que no aman,  
para las que no han sentido  
circular fuego en el alma;  
para las que mi ternura  
y mi cariño rechazan,  
para esas mujeres-mármol,  
para esas, son las cantáridas.

Yo soy tu amigo y te cuento  
mis secretos y artimañas,  
a ti te confío todas  
mis más recónditas ansias;  
pero no te digo cómo  
tras lírica frase alada,  
a ciertas mozas regalo,  
hechas polvo, las cantáridas.

¿Que te cuente? ¡Curiosilla!  
¡Al fin mujer! ¡Todo indagas!  
¡Bah! para ti este secreto  
es de ninguna importancia.  
¿Tú me quieres? Esto sólo  
me satisface y me basta.  
Nunca sepas en qué casos  
me hacen triunfar las cantáridas.

Amame siempre: sé de esas  
mujeres apasionadas,  
que no necesitan cáusticos  
que les ampulen el alma;  
que sean tus brazos, sierpes



que me estrangulen con rabia...  
¡Bésame, tu boca quema  
como una divina brasa!

Clávame hondo tus pupilas  
de pantera, enarenadas  
de oro... tus pupilas verdes  
—dos trémulas gotas de agua  
que hiere un rayo de luna  
sobre dos hojas de malva—  
y entona este cantarcillo  
de tu bardo en la guitarra:

*“Unas quieren a la buena  
y otras quieren a la mala:  
para unas es mi cariño  
y para otras las cantáridas.”*



# TRIPTICO DE LA SIESTA



**I**

**EN LA SELVA**





Medio día. De Febo se inyecta  
la pupila radiante de fuego  
en el áureo cenit. Con bochorno  
los pericos, los picos abiertos,  
van llegando al aguaje en bandada  
y desfloran la linfa sedientos.

El rebaño descansa a la sombra  
de follajes tupidos y frescos,  
y semejan puñados de gemas  
al zumbar y bullir los insectos.

Se recatan temblando los mirtos  
—rojos labios que esquivan los besos—  
al cariño estival de la Siesta  
que desnuda se tiende en el huerto.

Reina un hondo silencio. Tan sólo  
del audaz cazador se oye el cuerno,  
que en la augusta quietud de la sierra

vagar deja imponente su eco...  
Todo está aletargado: los ríos,  
las florestas, las aves, el viento...

Y tendida indolente en su hamaca  
la serrana de brunos cabellos,  
va cerrando sus ojos de tórtola  
al pausado y sensual balanceo...

## II

# LOS ALACRANES



La siesta de oro. Ya el Sur mansamente  
dormitando yace;  
la industriosa araña su nipona seda  
teje infatigable;  
llueve sobre toda la Tierra Caliente  
lumbre tremulante,  
y fingen crisoles hirvientes los ríos,  
y su guitarrico la cigarra tañe.

¡Míralos! Del fondo negro del terruño  
que cubren las greñas de los herbazales,  
de entre los rastros del jacal indiano  
y de entre las crústulas de los viejos árboles,  
buscando los rayos del Sol, ya saliendo  
van los alacranes.

¡Míralos! Ansiosos tijereteando  
van entre la yerba sedientos de sangre;  
todos los insectos que a su paso encuentran,  
vampiros alevés, los tornan cadáveres.

¡Oh, los traicioneros! ¡Oh, los malhechores!  
¡Oh, los criminales!

Doré, a los dragones que grabó en las páginas  
del libro de Dante,  
no les dió el aspecto que tenéis vosotros,  
bravos alacranes!

¿Qué loco poeta, qué astrónomo iluso  
en sus ideales,  
entre las miríadas de rubias estrellas  
pudo distinguíros bellos y radiantes?  
¿Por qué formáis parte de los misteriosos  
signos zodiacales?

¡Cómo tiemblas, niña! Tal parece al verte  
pálida y cobarde,  
que en el seno llevas un grueso puñado  
de esos alacranes.  
¡Oh, criolla, mi criolla de ojos negros como  
dos lagos que asombran fúnebres frondajes;  
la que tiene fina vellazón dorada  
en la tez suave;  
la que muestra labios frescos y purpúreos  
que destilan néctar de anona fragante;  
labios como ubérrimas tunas del Otoño  
cuya carne pican pájaros voraces!

Bríndame tu boca, botón cremesino,  
que al sentir el polen de mi beso amante  
con supremo espasmo se estremece, dámela...  
Y cuando en la hamaca tranquila descanses,  
yo, mísero esclavo, con un abanico  
de palmas reales,



haré que los tercios mosquitos se ahuyenten  
y seré el verdugo de los alacranes.

Entre tanto, míralos: con sus ocho patas  
de ganchos puntales;  
la panza escamosa con su par de peines  
de diáfanos ámbar;es;  
el dorso enarcado y hecho con sortijas  
pequeñas y gráciles;  
vividlos los ojos múltiples; erecta  
la cola y vibrante;  
y abriendo y cerrando las férreas tenazas  
inquisitoriales,  
por entre la yerba, tijereteando  
van los alacranes...



### III

## MIENTRAS PLAÑE LA FLAUTA



Descansa, es la hora. De lo alto descende  
en sueltos jirones la roja calina;  
el Sol, áureo loto, su cáliz enciende  
y el fuego que riega los montes calcina.  
Descansa, Mireya, descansa, es la hora:  
la tierra vomita su aliento de fragua;  
mimosas y eneldos marchitos están;  
el pez, rauda flecha, nervioso desflora  
las ondas del agua,  
y sale a los bancos de arena el caimán.

El ocozol suda suave liquidámbar  
(azteca resina de perfume rico)  
y el aire con tenues aromas de ámbar  
se antoja el que aventa sededño abanico.  
Te aguardo impaciente, no tardes, te espero;  
la hamaca a la sombra del plátano oscila;  
su toldo es el toldo de un gran parasol;  
ya plañe la flauta del indio hamaquero...  
¡Oh ven, mi tranquila,  
mi tierna, mi dulce torcaz-tornasol!

¡ Cuán bello què ríes ! Tu boca es un broche  
de rojos claveles ; y-en tu hombro albeante  
tu endrino cabello semeja hosca noche  
que enreda sus sombras a un alba triunfante.  
¡ Tus ojos !... En ellos con fúlgido fuego,  
Amor, mariposa voluble, hace gala  
batiendo dos pétalos de oro y azur ;  
hacia ellos un loco placer vuela ciego  
y audaz quema el ala ;  
en ellos splende la lumbre del Sur !

Pareces querube tendido en la cuna,  
la música oyendo de eclógicos sonos,  
o bien tremulante rayito de luna  
prendido en un copo de blancos vellones.  
El sopor te vence, descansa, es la hora ;  
la tierra vomita su aliento de horno ;  
ya todo se aduerme, no se irgue una flor ;  
allá, entre las ramas, el ave canora  
sacude el bochorno...  
y en tanto, yo arrullo tu ensueño de amor !

# LAS HORAS DE LA TARDE





**HORA VERDE**



Es todo verde: el Iris que en pos del aguacero  
de cumbre a cumbre tiéndese, soberbio arco triun-  
[fal,

hace del cielo un domo de pavonado acero  
al derramar su glauco lumíneo y espectral.

¡Qué verde el abanico del alto cocotero;  
qué verde la onda ténula que afluye al bejucal;  
qué verde el guacamayo que aturde por parlero;  
qué verde el romerillo del cónico jacal!

La gama de los verdes el bosque ha empenum-  
[brado;

el Sol (como una flama de sal de cobre) ha dado  
a todo un misterioso y eglógico verdor.

¡Tú sólo, niña rubia, perdida en el boscage,  
eres nota de oro del vespéral paisaje,  
nota que inspira al Títiro, al dulce ruiseñor!



# HORA AUREA





La tarde.

Es mar de oro el horizonte  
y selvático templo la montaña;  
el Sol finge en la gloria del crepúsculo  
un gran escudo azteca entre las llamas,  
que deja ver, al coruscar, el rostro  
de un viejo Emperador.

De pronto, raudas,  
—impuros pensamientos dentro el cráneo  
de una una impúbera virgen—la incendiada  
y transparente atmósfera atraviesan,  
aves apocalípticas, dos águilas.

¿De dónde vienen? Llegan de las hoscas  
cumbres de la montaña.  
¿A qué han llegado? A celebrar sus nupcias  
en el fondo sin luz de la hondonada.  
Vedlas: el moño de su testa altiva,  
triunfal penacho de guerrero iguala;  
sus ojos bajo el arco de las cejas,  
en el paisaje vespéral se espacian;  
corves sus picos son, y también corvas  
las asesinas garras,  
que hunden en el ijar de los jaguares  
y rompen de la boa las escamas.

Ambas ciñen collar como unas reinas,  
collar de plumas blancas  
que en el flexible cuello sobresale  
entre plumas leonadas.

Vedlas : acaban de posar el vuelo  
y ya los abanicos de las alas  
nerviosamente agitan... A un aprisco  
súbitamente bajan,  
y el tímido rebaño al presentirlas  
acobardado se alborota y bala.

Y se perpetra el crimen : alevosas  
suspenden en los garfios de sus garras,  
la una, un cabrito negro ;  
la otra, una oveja blanca.  
Y el pastor, a los trémulos balidos  
que las víctimas lanzan,  
vuelve la faz al cielo, ve en el aire  
con la rapiña a las feroces águilas,  
y con el dorso de la diestra enjuga  
en su rostro de Pan, algunas lágrimas.

Entretanto, la Noche—esclava nubia  
que ha cruzado el Sahara—  
planta su tienda en el agreste oasis  
de la más rica flora americana.  
Y al sacudir el polvo del camino  
de su veste enlutada,  
enjoya el dombo azul del firmamento  
con estrellas muy pálidas.

La noche.

Hay un olímpico banquete  
en el fondo sin luz de la hondonada;  
hay fruiciones y espasmos y aleteos,  
en el nido de amores de las águilas...

¡Y toca el viento un himno epitalámico  
en su clarín de plata!



## **HORA ROSA**



Cuando el Sol negligente se abandona  
entre nubes de un rosa desvaído,  
se oye del hato el trémulo balido  
y asciende el humo azul de la tahona.

El indio, al són de su guitarra, entona  
un canto melancólico y sentido,  
y en busca del regazo de su nido  
llora la tortolilla cimarrona.

¡Y es de ver cuando el día sus fulgores  
sopla y apaga, mientras Venus brilla  
y suenan de la esquila los clamores;

cómo con fe, con devoción sencilla,  
las muchachas del pueblo llevan flores  
y acuden a rezar a la capilla!





**HORA AZUL**



¡Qué acuarela marina  
                    desde la playa!  
¡Ven a mirar la tarde  
                    cómo desmaya!  
                    De aliento escaso  
el Sol—púgil vencido—  
                    rueda al Ocaso.

Allá lejos, flotando sobre las aguas,  
como cisnes de nieve van las piraguas.  
                    Ya la gaviota  
busca albergue en la peña  
                    que el mar azota.

Ya brillan los cocuyos  
                    en los palmares,  
los pescadores tornan  
                    a sus hogares;  
                    cierra la noche,  
y es en lo azul la Luna  
                    gemado broche.

Y qué noche tan tibia de primavera;  
boguemos en la barca que nos espera;  
                    Mireya mía,

en mis brazos te aguardo  
con ufanía!

Y a mí llegó la niña,  
nos estrechamos;  
hinchó el viento la vela,  
nos alejamos;  
nos alejamos sobre las olas  
entonando *costeñas* y barcarolas...

# **HORA ROJA**



Su pupila verde-oscura,  
presa de angustioso duelo,  
un tigre clava en el cielo  
que artista el Sol empurpura.

De pronto, Vésper fulgura  
—lágrima de oro en un velo—  
y la fiera escarba el suelo  
increpando a la Natura.

El crimen vuelve a sus ojos:  
viva sangre coagulada  
fingen los celajes rojos;

y la estrella vespertina,  
miente la postrer mirada  
de su traidora felina!





**HORA GRIS**



El día se estremece agonizante;  
el Sol en brumas grises centellea  
del monte occíduo en el confín distante,  
como el ojo de un cíclope gigante  
que próximo a cerrarse parpadea.

¡Qué confusión de cantos y rumores  
al nacer la tiniebla!—Sopla el viento  
manso y garrulador entre las flores,  
y suenan a lo lejos los clamores  
del toque de oración místico y lento.

El tordo en el jagüey ya no se baña:  
vuela hacia el nido que su amor encierra;  
el ganado descende la montaña,  
y el rústico retorna a su cabaña  
tras de la yunta que labró la tierra.

Del sombrío manglar en la espesura  
asorda el *guaco* con su bronco grito;  
el zenzontle salmodia con dulzura,  
y en lo más hondo de la sierra oscura  
crotoran el faisán y el *totolito*.

En el salvaje bosque americano  
arrulla la torcaz bajo la *chaca*;

silba el grillo un monólogo lejano,  
y la rana, escondida en el pantano,  
finge ruido estridente de matraca.

La queja de la tórtola se aduna  
a la del mirlo algarabía loca;  
y en el espejo azul de la laguna  
semeja melacólica la luna  
cuajado trozo de cristal de roca.

El polen de su luz vuelca en el suelo  
Vésper—capullo de oro que revienta—  
y en la paleta cóncava del cielo,  
se diluye a través de opaco velo  
una brochada vívida y sangrienta.

La noche prende su crespón umbrío  
y el mundo adquiere aspecto funerario:  
cabe la orilla del sonante río,  
se destaca más blanco el caserío  
y surge más escueto el campanario.

Todo hace despertar un sentimiento  
en que florece la melancolía...  
¡No sé qué misterioso arrobamiento  
hace que suba a Dios el pensamiento  
en alas de la noble poesía!

Agoniza el crepúsculo. Es la hora  
en que el genio del mal—Otelo que arde  
en la llama vivaz que le devora—  
asfixia a la Desdémona que adora,  
esa inocente pálida, la Tarde!

# VISIONES VARIAS



**SCHERZO AUTUMNAL**





¡ Cuán graves se presentan los campos en Otoño !  
No existe ni un capullo, no queda ni un retoño,  
y gris tornóse el cielo, el cielo antes azul.  
Se fué la charlatana viajera golondrina ;  
los nidos están solos, y flota la neblina  
surgiendo de los lagos, como impalpable tul.

Al fin murió la Tarde. Tras un fulgor escaso,  
la fúnebre tiniebla ensombreció el Ocaso,  
y el astro de la noche ya enciende su fanal.  
Crepita la hojarasca dispersa en la llanura,  
y gime la *huilota* temblando de ternura,  
echada entre los surcos polvosos del maizal.

¡ Naturaleza mustia, Naturaleza fría,  
Naturaleza triste, mi sola poesía,  
es todo el Universo tu vasto panteón !  
No bien llega Otoño, no bien se acerca Octubre,  
te cubres de hojas secas, como también se cubre  
de muertas esperanzas mi enfermo corazón.

Cuando la Primavera despierte a los amores,  
y el haza fecundice, y traiga aves y flores,  
ya te alzarás soberbia del lúgubre ataúd.  
Mas ¡ ay ! que yo abatido por torvos desengaños,  
no aspiraré las rosas de los primeros años :  
¡ se fué mi primavera, se fué mi juventud !



# **ESMERALDA ERRANTE**



Ayer, entre los bosques tropicales  
que de luto vistió la noche umbrosa,  
errabas, linternilla misteriosa  
de verdes y prismáticos cristales.

Lágrima de fulgores siderales  
te prendías al seno de la rosa,  
o pupila de Sátiro curiosa  
espiabas a través de los juncales.

¡Y ya no finges el joyelpreciado  
que irradió de la Noche en el tocado!  
Yo te robé cual fúlgido tesoro.

Perdiste libertad, mas no destellos,  
y hoy eres de Mireya en los cabellos  
broche igniscente de esmeralda y oro.



# **LAS PALMERAS**





En apretado regimiento,  
luciendo altivas sus cimeras,  
ondulan trémulas al viento  
—gentiles criollas—las palmeras.

Como flotantes cabelleras  
que desgrenó huracán violento,  
—lánguidas criollas—las palmeras  
ondulan trémulas al viento.

Ya muestren frutas tempraneras,  
ya su triunfal florecimiento,  
o finjan haces de banderas;  
amo esas criollas, las palmeras  
que ondulan trémulas al viento!



# SENECTUS TAURUS



En un rincón de la dehesa, echado  
un magro buey con lasitud medita;  
en el ocaso de su edad marchita  
evoca tristemente su pasado.

Ya no soporta el yugo ni el arado,  
la glacial senectud le debilita,  
y con pereza rumia y regurgita  
el reseco rastrojo que ha tronzado.

De urente sol bajo la lluvia de oro,  
a una grácil novilla un pingüe toro  
acaricia sensual, del buey no lejos;

y éste, presa de celos y de furia,  
muge desesperado en su lujuria  
con la inerme impotencia de los viejos!



## CUADRO EQUINO

135123





Una yegua de Perche, madre de percherones,  
se ha casado esta tarde con un potro andaluz.  
De la ronda de finos y esbeltos garañones  
uno ha osado besarle las crines del testuz.

La hembra bajo el macho siente las convulsiones  
de sensual histerismo: su carga es leve cruz.  
¡Qué divino minuto para los dos bridones  
en cuya piel de raso prende una flor la luz!

La noche se avecina. Corriendo por la pampa  
un corcel avisado de magnífica estampa:  
grácil remo, ojo vivo, larga oreja, gran crin,  
relincha...

Y el relincho se pierde en lo distante  
cual himno epitalámico, rudo, intenso, vibrante,  
que surge de la limpia garganta de un clarín.



## **MENSAJE ROMANTICO**



Te mando, pues no te olvido,  
una dócil mensajera  
que, sin amor y sin nido,  
hallé exhalando un gemido  
en solitaria pradera.

¡Pobre tórtola! Posada  
en las ramas de un saúz,  
en tarde mustia y callada  
gemía desconsolada  
al esconderse la luz.

La vi, y al verla llorosa  
sintiendo angustia secreta,  
me dije con voz quejosa:  
la tortolilla medrosa  
es la imagen del poeta.

Llora también sin consuelo,  
gime también sin cesar,  
nadie comprende su duelo;  
*sus suspiros van al cielo,*  
*sus lágrimas van al mar.*

Dije. Y llamándome amigo  
del ave, presa de ardor  
le di caricias y abrigo;  
mas fué inútil, que conmigo  
nadie alivia su dolor.

Te la mando. En su piquito,  
de una rosa entre las galas  
te lleva mi amor escrito;  
que bajo tu hogar bendito  
pliegue las trémulas alas.

¡ Oh, que en tu seno garrido,  
logre gozosa encontrar  
tibio, fragante y mullido,  
un rincón, un casto nido  
donde poder reposar!

# LA TEMPESTAD





Entre oscuros y densos nubarrones  
mortecina la luz se desvanece.

Braman desenfrenados aquilones,  
y semejan estruendo de cañones  
los rayos que retumban...

¡Atardece!

¡La tempestad embravecida llega!  
De súbito fulgura tras la cumbre  
que un mar de sombra impenetrable anega,  
el cárdeno zig-zag que se despliega  
como ala fantástica de lumbre.

¡Llueve! Las gruesas gotas se desprenden  
con rumor de raudal que se desata:  
ya fingen flechas que el espacio hienden,  
ya en la fronda en que trémulas se prenden  
globulillos minúsculos de plata.

En tanto, el Genio de la faz oscura  
derrama sus tinieblas con derroche  
en la ciudad, el valle y la espesura,  
y se aumenta con ellas la pavora  
del cuadro funeral.

Se hace la noche.

Ya la lechuza de plumaje lacio  
con gritos de terror el aire puebla;  
y rauda cruza el infinito espacio,  
ensanchando sus ojos de topacio  
que rasgan flamescentes la tiniebla.

¡Hora de inmensa lucha! En el ramaje  
de la ceiba que altiva se levanta,  
Eolo a veces, como en un cordaje,  
con ímpetu colérico y salvaje  
el himno rudo de los vientos canta.

La garza deja el lago: en pos del nido  
torpe y medrosa en el tular se interna;  
y del espeso bosque en lo escondido,  
el leopardo feroz lanza un rugido  
y pávido se oculta en la caverna.

Revienta el rayo; a su estallido horrendo  
el águila se aterra, pues advierte  
al rodar los cantiles con estruendo,  
que con ellos su nido va cayendo  
y sus polluelos hallarán la muerte.

Y llueve. Y el relámpago despliega  
tras el crestón de la empinada cumbre  
que un mar de sombra impenetrable anega,  
su ala enorme y fantástica que ciega  
con los fulgores de su viva lumbre.

Solo estoy. Y en el grave paroxismo  
que me provoca el batallar profundo,

siento abrirse a mis plantas un abismo...  
que quizá en tan tremendo cataclismo  
de su eje férreo se desquicie el mundo.

.....

Cesó de pronto la infernal balumba  
que hizo un momento trepidar la tierra;  
el aire huracanado ya no zumba;  
sólo se oye a lo lejos que retumba  
el trueno en las gargantas de la sierra.

Se alejó la tormenta. El turbio río  
se desborda entre abruptos peñascales;  
inunda la extensión del bosque umbrío,  
y en el barranco arrójase bravío  
arrastrando destrozos y animales.

Y tal imita el férvido torrente,  
al descender audaz de roca en roca,  
brioso corcel que, al freno inobediente,  
da un relincho, encabrítese impaciente,  
¡el precipicio salva y se desboca!

Cesaron por completo los rumores  
tempestuosos, la noche está tranquila;  
riega el aire al soplar frescos olores,  
y los astros, rompiendo los negroses,  
abren parpadeando su pupila.

Y se inflama la atmósfera serena,  
vibra el éter, se argenta la hojarasca...  
¡Oh! ¿qué pasa? ¿no veis?... ¡La luna llena  
surge alumbrando con su luz la escena  
que envolvió en sus tinieblas la borrasca!

# EL AÑO LIRICO



I

PRIMAVERA





El cielo azul, el aire embalsamado  
con el olor sutil de nuevas flores,  
y quebrándose en prismas de colores  
la onda frágil que fecunda el prado.

La golondrina vuela en el sembrado,  
nuncio de la estación de los amores,  
y se allega a los pájaros cantores  
que anidan en los huecos del tejado.

Rutila el horizonte y se abrillanta  
bruñido por el Sol; aura ligera  
desentume su ala y sopla y canta.

Y en tanto, Amor, con risa halagadora,  
llega al lecho feraz de la pradera  
en que desnuda se recuesta Flora.



II  
ESTIO



¡ Tibio el aire, la atmósfera pesada !  
A lo lejos, mirad : en la colina  
se ve cruzar acuática gallina  
en busca del raudal de la cañada.

En la sombría selva enmarañada  
ni arrulla la toreaz ni el mirlo trina,  
y el viento polvoroso arremolina  
las hojas de la yerba calcinada.

La cigarra estridula canto ronco ,  
entre el breñal ; el campesino rudo  
yace tendido sobre agreste tronco ;

y echado al pie de corpulento roble  
que a los dardos del Sol sirve de escudo,  
el buey abaja la cabeza noble.



III  
OTOÑO





Los soplos de los vientos otoñales  
las espigas de oro balancean,  
y ansiosos y voraces picotean,  
sus ya maduros granos, los zorzales.

Conviértense los prados en eriales,  
las nubes se desgranán y gotean,  
y, cuajados de pomos, cabecean  
en el umbroso huerto los frutales.

¡Oh pródiga estación en que corona  
Otoño con sus frutas sazonadas  
la frente pensativa de Pomona!

¡Oh imagen de mis íntimas angustias,  
ruedan mis ilusiones deshojadas  
como miro rodar tus hojas mustias!



IV

INVERNO



La nevasca envolvió las formas yertas  
de la Naturaleza adormecida,  
y el Invierno con mano enflaquecida  
de la blanca estación abre las puertas.

En las desnudas ramas de las huertas  
el ave pliega el ala entumecida,  
y circulan perfumes que dan vida  
—almas errantes de las flores muertas.

Así yace mi espíritu sombrío:  
lo cubrieron de escarcha los dolores  
y se estremece ante el rigor del frío...

¡Y qué importa! Al soñar idos amores,  
los recuerdos, las ráfagas de Estío,  
le dan efluvios de sus muertas flores!



**SONETINO ELEGIACO**





† Ignacio Altamirano.

Yaces bajo italo cielo  
lejos de la patria mía:  
Mentor de la Poesía,  
gloria del azteca suelo.

Juventud llora su duelo,  
Juventud queda sin guía;  
en su tiorba la Elegía  
plañe levantando el vuelo.

De muerte caíste herido  
como el gladiador romano  
rueda en la arena vencido.

Mas tu numen soberano,  
como un sol nunca extinguido,  
da luz al orbe indohispano!



# **LA VACA CIEGA**



(Juan Maragall.)

Tope aquí, tope allá, por entre troncos,  
dando traspiés sobre las piedras toscas,  
va buscando la vaca por instinto  
la hontana en que abrevar. En noche lóbrega  
camina torpemente: se halla ciega  
y va callada, pensativa, sola.

No ha pupilas la bestia: que la una  
se la saltó certero con la honda  
el rudo mayoral de la comarca,  
y turbia nube le cegó la otra.  
Ya no forma en tropel como solía,  
pues sus hermanas pacen y retozan  
en los alcores. Pastoril cencerro  
y lejanos mugidos lo pregonan.

De pronto retrocede: ha tropezado  
con el borde filoso de una roca  
que le sirve de labio a la fontana  
en que duerme la linfa silenciosa.  
Luego insiste y se inclina: bebe a sorbos;  
mas desganadamente, con sed poca.

Después, alza la testa al infinito  
con un gran gesto trágico. Su torva  
muerta mirada con el Sol no fulge.  
Y solemne, magnífica, calmosa,  
por donde vino ha poco a la fontana  
a su campo bucólico retorna,  
no sin mover—borlón de fina seda—  
entre los cuartos pósteros, la cola.

# INDICE







Págs.

Juan B. Delgado y sus libros.—Juicios críticos.	5
Lira rústica.....	17
Bajo la gracia matutina.—Desde mi ventana.	21
Ave Febe.....	27
Las Cantáridas.....	31
Triptico de la siesta.—I. En la selva.....	37
II. Los alacranes.....	43
III. Mientras plañe la flauta.....	49
Las horas de la tarde.—Hora verde.....	53
Hora áurea.....	59
Hora rosa.....	65
Hora azul.....	69
Hora roja.....	73
Hora gris.....	77
Visiones varias.—Scherzo autumnal.....	81
Esmeralda errante.....	87
Las palmeras.....	91
Senectus taurus.....	95
Cuadro equino.....	99
Mensaje romántico.....	103
La tempestad.....	107
El año lírico.—I. Primavera.....	113
II. Estío.....	119
III. Otoño.....	123
IV. Invierno.....	127
Sonetino elegíaco.....	131
La vaca ciega.....	135



## OBRAS DEL MISMO AUTOR

París y Otros poemas.  
Bajo el haya de Títiro.  
Alma Vernácula.  
Poema de los Arboles.  
Una Tarde en Sevilla.  
Nicarao (El País de Rubén Darío).

## EN PREPARACION

Los Poemas de la Naturaleza.  
Salmos votivos (versos de tribuna).  
Prosas Dispersas (prosa).  
Juicios y semblanzas (prosa).



861.6 D35C



39001 008107685b

135123



# COLECCION HERRERO

---

## Libros de Autores Mexicanos

**Jaime Torres Bodet.**—La Casa (Poema).—Publicado.

**Jorge de Godoy.**—El Libro de las Rosas Virreinales (Cuentos).

**Juan B. Delgado.**—Las Canciones del Sur (Poesías).

**Agustín Granja Irigoyen.**—Trilogía Dramática.

**Eduardo Luquín.**—El Indio (Novela). Publicado.

**Miguel López de Heredia.**—Junto a la Hoguera Crepitante (Cuentos y Apólogos).

**Jaime Torres Bodet.**—Los Días (Poemas).

**Carlos Barrera.**—La Isla de los Muertos (Cuentos).

**Jorge de Godoy.**—Corazón Umbrío (Novela Moderna).

EDITORES:

**HERRERO HERMANOS SU CRS.**

AVENIDA CINCO DE MAYO, 39